

madre. (Besándolas.) Adiós, Juliana. Adiós, María. (Vanse. Queda solo Antonio y entran DONA ASUNCION y JOSEFINA.)

ASUNCION.—¿Qué hace aquí?

ANTONIO.—Nada, señora. A las órdenes de la señora. (Sale.)

ASUNCION.—Bueno. ¿Has quedado a gusto en tu nuevo alojamiento?

JOSEFINA.—Encantada, tía. Yo en un rinconcito me arreglo. Aquí, lo interesante no es que yo duerma cómoda, sino que don Ricardo Powell llegue hoy trayéndonos la salvación de esta casa.

ASUNCION.—Las chicas están deseando conocerle. Sobre todo Panchita; es tan moderna como él; por lo que dicen las cartas, es campeón de golf y de tennis.

JOSEFINA.—Yo tengo una ilusión, tía; qué te parece que a mi novio, a Julián, se lo presentásemos para... Tal vez pudiera servirle de mucho. ¿No crees tú?

ASUNCION.—Tú me perdonarás, pero tu novio es un carácter tan especial, tan impetuoso... Acabarían regañando. Tengo miedo.

JOSEFINA.—Eso es verdad; Julián, de un tiempo a esta parte, ha cambiado mucho, pero es por eso, porque no tiene suerte... Le haría falta un poco de ayuda. Si Ricardo Powel le diera un destino o le nombrase jefe de alguna de sus plantaciones de allá.

ASUNCION.—Tantéalo tú, pero tú, ¿eh? Tú lo conseguirás mucho mejor que el propio Julián; las mujeres conseguimos con habilidad mucho más que los hombres. Bueno; voy a bajar un momento con las niñas, que nos van a presentar al pretendiente de la peque; anda, ven un momento.

JOSEFINA.—Es ya la una, tía, a las dos tengo que estar en la oficina. Me perdonáis, ¿verdad? Quiero contestar unas consultas.

ASUNCION.—Bueno; como quieras, mujer. Voy yo en un vuelo. Da órdenes para que preparen la mesa. Ahora vuelvo yo. (Sale.)

JOSEFINA.—Encantada, tía. (Sola.) La una y diez; ¿cómo se fué la mañana! (Coge una carta y la mira.) Ricardo Powel: exportador de café, campeón de tennis y virtuoso del piano. (Dejando la carta.) ¡No! Salvador de esta casa en ruinas y nada más. (Se sienta; coge un periódico. Aparece la DONCELLA y, de puntillas, va quitando un cenicero, etc. Como Josefina lee, ella coge la carta y empieza a leerla.) Perdón; ¿le interesa mucho esa carta?

DONCELLA.—¡A mí? No; yo... Es que... la cogí sin querer, y la leí sin pensar.

JOSEFINA.—¡Ya!

DONCELLA.—Era para ver lo que decía.

JOSEFINA.—¡Ya!